

LEON
TROTSKY

Nº 3

ESCRITOS
SOBRE ESPAÑA

(I)



CELOC
DIPOSIT

Original



Cuadernos de

COMUNISMO

Introducción

El 14 de Abril de 1931 era proclamada la República "de trabajadores de todas las clases" en España, y con ella se abría un nuevo periodo de intensa lucha de clases en todo el país. Del bienio republicano-socialista al bienio negro -que aplastó violentamente la Comuna de Asturias de Octubre de 1934-, de la victoria electoral del Frente Popular en Febrero de 1936 a las jornadas revolucionarias de Julio del mismo año contra el levantamiento fascista, del comienzo de la guerra civil al enfrentamiento abierto de los stalinistas con el proletariado revolucionario en Mayo de 1937 en Barcelona, en fin, hasta la victoria definitiva de la contrarrevolución encabezada por Franco en 1939, el combate del proletariado español durante estos años se vió confrontado a una coalición de intereses "nacionales" e internacionales -la famosa "no intervención" de los países democráticos y la ayuda limitada de Stalin, frente a la solidaridad creciente de Hitler y Mussolini con el bando franquista... que, ante la ausencia de una dirección revolucionaria, le condujeron finalmente a su destrucción por la barbarie fascista. Y sobre la derrota del movimiento obrero se levantaba una de las dictaduras más sangrientas que ha conocido la historia de este siglo...

¿Por qué fué derrotado el proletariado español ? Ni la socialdemocracia, ni el stalinismo, ni el anarquismo fueron capaces de conducir a la victoria a un movimiento obrero y campesino que, sobre todo en las jornadas de Julio del 36, habían demostrado todo su espíritu revolucionario y aspiraciones anticapitalistas respondiendo al levantamiento fascista con las armas en la mano

y atacando la propiedad de los capitalistas en las fábricas, en el campo y poniéndolas en marcha bajo su propio control.

Tampoco el POUM, "la organización política más honesta", como la calificó Trotsky, fue capaz de oponer una línea revolucionaria firme e intransigente a la política de conciliación con la burguesía que practicaban las direcciones hegemónicas del proletariado. Su participación en el Frente Popular, en el Gobierno de la Generalitat de Barcelona, su actitud centrista en relación a las cuestiones internacionales fueron, entre otros factores, la manifestación de sus constantes vacilaciones y le condujeron finalmente a caer víctima de la represión stalinista sin poder llegar a ofrecer una resistencia abierta a los ataques del Frente Popular contra las conquistas logradas por las masas.

Sacar las lecciones de la experiencia vivida por el proletariado español durante la revolución y la guerra civil contra el fascismo, comprender cuáles eran los intereses que estaban en juego en esa lucha a muerte, en una época en que coincidían el ascenso del fascismo en Europa y la victoria de la fracción stalinista en la URSS, constituyen una tarea fundamental para toda la vanguardia revolucionaria que, después de 35 años de Dictadura, está renaciendo en todo el país y ha de asumir la ardua tarea de dirigir el combate de las masas hacia el derrocamiento del franquismo y la instauración de un poder obrero y popular.

Porque la experiencia de aquellos años, la tragedia de la revolución española, debe servir a todos los revolucionarios para evitar que aquellos que fueron los principales responsables de la derrota -y, en primer lugar, los stalinistas- traten de nuevo sembrar ilusiones entre las masas sobre la necesidad de colaborar con la burguesía y la posibilidad de una vía "pacífica" al socia-

lismo. Y la tragedia de Chile o la práctica conciliadora con la burguesía de los reformistas en Portugal están demasiado cerca de nosotros para recordarnos una vez más que la lucha contra el fascismo y la reacción no pueden ser realizadas en nombre de "la defensa de la democracia" burguesa, sino que exigen una política independiente de la clase obrera que, lejos de contentarse con las libertades que les "otorga" la burguesía, las utilice y refuerce para atentar contra la propiedad de los capitalistas y preparar el enfrentamiento armado con el Estado burgués.

"Primero, la revolución democrática; luego, la lucha por el socialismo", la consigna inicial de los reformistas, se veía más tarde sustituida por "primero, ganar la guerra; después, la revolución", frente a los obreros revolucionarios que proponían los métodos de la guerra revolucionaria como única vía para la victoria sobre el ejército franquista. Querer separar la necesaria lucha militar contra el fascismo de la lucha por las reformas sociales en el campo "republicano", conducía de hecho a no asegurar un apoyo activo y masivo de los trabajadores a las batallas que se desarrollaban en el frente. Y uno de los errores más graves del Frente Popular será su negativa constante a conceder la independencia incondicional al pueblo marroquí sometido a una explotación colonialista incondicionalista por los capitalistas españoles: de esta forma, las organizaciones obreras reformistas no sólo adoptaban una actitud proimperialista, sino que dejaban un campo fácil de maniobra para el bando franquista...

No fué pues la falta de combatividad y de "madurez" del proletariado español la causa de la derrota. Fué ante todo la traición a que se vió sometido por aquellas direcciones en las que confiaba y la debilidad de aquellos sectores de vanguardia que hubieran podido llegar a constituir una nueva dirección revolucionaria capaz de conducir a la victoria. Las vacilaciones y confusio

nes del POUM, la dispersión en las filas del ---anarquismo de numerosos obreros revolucionarios, no permitieron, en el mismo proceso de la revolución, la construcción de un Partido a la altura de las tareas históricas que le exigían las ma--sas. Esta es también, y sobre todo, la enseñanza que ha de sacar la vanguardia obrera y revolucionaria: combatir las ilusiones del reformismo --- exige empezar a sentar las bases de una estrategia que pueda ser asumida por un partido que prepare, impulse y centralice las luchas de masas - en base a la defensa de los intereses históricos del proletariado y no en función de la colaboración con las clases poseedoras.

Los artículos que publicamos en esta corta selección de escritos de León Trotsky sobre la Revolución Española -"Lección de España", de Diciembre de 1937; "La tragedia de España", de Febrero de 1939; y "Clase, partido y dirección", de 1939- - han de contribuir ampliamente a una comprensión de los problemas fundamentales de aquella época y son testimonio de las aportaciones que, pese a las débiles fuerzas del movimiento trotskyista internacional que se empezaba a desarrollar entonces, el que fué dirigente de la Revolución de Octubre de 1917 ofreció a la tarea difícil de construir un partido revolucionario en nuestro país.

Trotsky siguió los acontecimientos españoles desde muy cerca, antes ya de la proclamación de la II República. Comprendió inmediatamente la dinámica de la situación creada por la caída de la -dictadura de Primo de Rivera en 1930 y se esforzó en precisar las tareas que correspondían a -- los comunistas ante la inevitable agravación de los enfrentamientos entre las clases que se produciría en los años siguientes.

A partir de un análisis específico de las características de la estructura social y económica - del país - que sigue constituyendo un estudio --- enormemente valioso, especialmente en su artícu-

lo "La Revolución Española y las tareas de los -comunistas"- Trotsky trató de aplicar concreta--mente la teoría de la revolución permanente a --las particularidades de la formación social espa--ñola. Así, la elaboración de un programa de rei--vindicaciones democráticas, transitorias y socia--listas aparecía como la única vía capaz de asegu--rar el papel dirigente de la clase obrera en el proceso revolucionario a la cabeza del campesina--do y de los diferentes movimientos nacionales - que se desarrollaban principalmente entre la pe--queña burguesía.

Pero la actitud de Trotsky -como se refleja en -los artículos que publicamos-, no se limitaba a una definición de las tareas generales que co---rrespondían a los comunistas. A medida que la si--tuación se agravaba, y que a escala internacio--nal los acontecimientos se precipitaban con la -subida de Hitler al poder y la degeneración de la III Internacional. Trotsky pondrá en guardia--a los revolucionarios españoles contra los peli--gros que amenazaban un desenlace victorioso, en primer lugar contra la "teoría" de los Frentes -Populares, y tratará de proponer tácticas concre--tas ante las diferentes cuestiones que planteará el desarrollo de la lucha de clases.

Preparar la revancha del proletariado español, -trabajar desde hoy por el transcrecimiento de --la lucha contra la Dictadura, hacia un combate -por el socialismo, ésa es la deuda que tenemos -contraída con los millares y millares de obreros y campesinos que perecieron víctimas de la barba--rie fascista.

Lección de España

Las operaciones militares de Abisinia y del Lejano Oriente han sido estudiadas minuciosamente por todos los estados mayores militares en su preparación de la futura gran guerra. Los combates del proletariado español, relámpagos precursores de la futura revolución internacional, deben estudiarse con una atención aún mayor por los estados mayores revolucionarios; sólo con esta condición los acontecimientos que se avecinan no nos cogerán de sorpresa.

Tres concepciones se han afrontado con fuerzas desiguales en el campo llamado republicano: el menchevismo, el bolchevismo y el anarquismo. En lo que respecta a los partidos republicanos burgueses, no han tenido ni ideas ni importancia política independientes, limitándose a mantenerse a expensas de los reformistas y de los anarquistas. Por otra parte, no sería en forma alguna exagerado decir que los jefes del anarcosindicalismo español han hecho todo lo posible por desautorizar su propia doctrina, reduciendo prácticamente a cero su importancia. De hecho, dos doctrinas se han afrontado en el campo republicano: el bolchevismo y el menchevismo.

Según la concepción de los socialistas y de los estalinistas, es decir, de los mencheviques de la primera y de la segunda hornada, la revolución española debía resolver sólo tareas democráticas, de donde se desprendía la necesidad de hacer un frente único con la burguesía « democrática ». Desde este punto de vista, todo intento del proletariado por salirse de los límites de la democracia burguesa era, no solamente prematuro, sino también funesto. Además, no era la revolución lo que estaba en el orden del día sino la lucha contra Franco. El fascismo es la reacción burguesa y no feudal: una noción que el menchevismo, ramificación del pensamiento burgués, no quiere ni puede hacer suya es que, contra esta reacción burguesa, sólo se puede luchar con éxito con las fuerzas y los métodos de la revolución proletaria.

El punto de vista bolchevique, expresado en forma cabal sólo por la joven sección de la IV Internacional, se desprende de la teoría de la revolución permanente, es decir, que, hasta las tareas puramente democráticas, como la liquidación del latifundio semifeudal, no pueden ser resueltas sin la conquista del poder por el proletariado; a su vez, esto pone la revolución socialista en el orden del día. Por otra parte, desde los primeros pasos de la revolución, los propios obreros españoles plantearon prác-

ticamente tareas no solamente democráticas, sino también puramente socialistas. Exigir el no traspasar los límites de la democracia burguesa implica de hecho no sólo hacer un amago de revolución democrática, sino renunciar a ella. Solamente se puede hacer del campesino, masa principal de la población, un poderoso baluarte contra el fascismo subvirtiendo las relaciones sociales en el campo. Pero los latifundistas están unidos por lazos indisolubles a la burguesía bancaria, industrial y comercial, así como a la intelectualidad burguesa que depende de ésta. Así es como el partido del proletariado se encontraba ante la necesidad de escoger: o con las masas campesinas o con la burguesía liberal; incluir en una misma coalición a los campesinos y a la burguesía liberal sólo podía tener un objetivo: ayudar a la burguesía a engañar a los campesinos y a aislar a los obreros. La revolución agraria sólo podía realizarse contra la burguesía, por consiguiente, únicamente a través de las medidas de la dictadura del proletariado. No existe ningún régimen intermedio.

Desde un punto de vista teórico, lo primero que llama la atención en la política española de Stalin, es un olvido completo del A. B. C. del leninismo. Con un retraso de algunas decenas de años —¡y qué años!— la Internacional Comunista ha legitimado por completo la doctrina del menchevismo. Lo que es más, se ha esforzado en dar a esta doctrina una expresión más «consecuente» y, por lo tanto, más absurda. A principios de 1905, en la Rusia zarista, la fórmula de la «revolución puramente democrática» tenía en cualquier caso a su favor infinitamente más argumentos que en la España de 1937. No hay que sorprenderse pues de que, en la España contemporánea, la política «obrera-liberal» del menchevismo se haya convertido en la política antiobrera, reaccionaria del estalinismo. Así es como la doctrina del menchevismo, esa caricatura del marxismo se ha convertido en su propia caricatura.

La teoría del Frente Popular

Sin embargo, sería ingenuo pensar que en los fundamentos de la política de la Komintern en España había algunos «errores» teóricos. El estalinismo no se guía por la teoría del marxismo, ni por ninguna otra teoría, sino por los intereses empíricos de la burocracia soviética. En privado, a los cínicos de Moscú les importa un bledo la «filosofía» del Frente Popular a lo Dimitroff. Pero disponen, para engañar a las masas, de numerosos cuadros propagandistas de esta fórmula sagrada, sinceros o pillos, ingenuos o charlatanes. Con su ignorancia y su suficiencia, con su espíritu de razonador provinciano, orgánicamente sordo

a la revolución, Louis Fischer es el representante más repulsivo de esta cofradía poco atractiva. « La unión de las fuerzas progresistas », « El triunfo de las ideas del Frente Popular », « El daño causado por los trotskistas a la unidad de las filas antifascistas ». ¿Quién creería que el *Manifiesto Comunista* fue escrito hace 90 años ?

Los teóricos del Frente Popular, en realidad, no van más allá de la primera regla de aritmética, la de la suma: la suma de los comunistas, socialistas, anarquistas y liberales es mayor que cada uno de los factores que la componen. Sin embargo, en esta cuestión la aritmética es insuficiente. Se necesita por lo menos la mecánica: la ley del paralelogramo de fuerzas resulta verdadera, incluso en política. Como es sabido, la resultante es tanto más corta cuanto más divergen las fuerzas. Cuando los aliados políticos tiran en direcciones opuestas, la resultante es igual a cero. El bloque de los distintos grupos políticos de la clase obrera es absolutamente necesario para resolver las tareas comunes. En determinadas circunstancias históricas, semejante bloque es capaz de atraer hacia sí a las masas pequeñoburguesas oprimidas cuyos intereses son próximos a los del proletariado, la fuerza común de este bloque se hace mayor que la resultante de las fuerzas constituyentes. Por el contrario, la alianza del proletariado con la burguesía, cuyos intereses en lo referente a las cuestiones fundamentales forman en este momento un ángulo de 180°, por regla general, sólo puede paralizar la fuerza revolucionaria del proletariado.

La guerra civil, en la que la eficacia exclusiva de la violencia no basta, exige de sus participantes una devoción suprema. Los obreros y los campesinos sólo son capaces de asegurar la victoria en el caso que luchen por su propia emancipación. En esas condiciones, someterlos a la dirección de la burguesía equivale a asegurar por adelantado la derrota en la guerra civil.

Estas verdades no son en manera alguna fruto de un análisis puramente teórico. Por el contrario, representan la conclusión incontrastable de toda la experiencia histórica, por lo menos desde 1848. La historia moderna de las sociedades burguesas está llena de Frentes Populares de todo tipo, es decir, de las combinaciones políticas más diversas para engañar a los trabajadores. La experiencia española no es sino un nuevo eslabón trágico en esta cadena de crímenes y de traiciones.

La alianza con la sombra de la burguesía

Políticamente, lo más sorprendente es que, en realidad, no hay tal paralelogramo de fuerzas en el Frente Popular español: el

lugar de la burguesía ha sido ocupado por su sombra. A través de los estalinistas, socialistas y anarquistas la burguesía española se ha impuesto al proletariado sin siquiera tomarse la molestia de participar en el Frente Popular: la aplastante mayoría de los explotadores de todos los matices se había pasado al campo de Franco. Desde el inicio mismo del movimiento revolucionario de las masas y sin necesidad de ninguna teoría de la revolución permanente, la burguesía española comprendió que, cualquiera que fuese el punto de partida, ese movimiento iba dirigido contra la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y que era absolutamente imposible acabar con él a través de medidas democráticas.

Por lo cual sólo quedaron en el campo republicano los restos insignificantes de la clase poseedora, Azaña, Companys y sus semejantes, abogados políticos de la burguesía, pero en forma alguna la burguesía misma. A la vez que depositaban su entera confianza en la dictadura militar, las clases poseedoras supieron, al mismo tiempo, utilizar a sus representantes políticos de ayer para paralizar, disgregar y luego sofocar al movimiento socialista de las masas en territorio « republicano ».

Habiendo dejado de representar por completo a la burguesía española, los republicanos de izquierda representaban aún menos a los obreros y a los campesinos; no representaban nada sino a ellos mismos. Sin embargo, gracias a sus aliados socialistas, estalinistas y anarquistas, estos fantasmas políticos han desempeñado un papel decisivo en la revolución. ¿Cómo? Muy simplemente, en tanto que encarnación del principio de la revolución democrática, es decir, de la inviolabilidad de la propiedad privada.

Los estalinistas en el Frente Popular

Las causas de la aparición del Frente Popular español y de su mecánica interna son perfectamente claras. La tarea de los jefes jubilados del ala izquierda de la burguesía consistía en detener la revolución y recobrar la confianza de los explotadores; ¿para qué Franco si nosotros los republicanos podemos hacer lo mismo? En ese punto capital los planes de Azaña y Companys coincidían plenamente con los de Stalin, para quien era necesario ganar la confianza de las burguesías francesa e inglesa, demostrando que era capaz de proteger el orden contra la anarquía. Azaña y Companys servían necesariamente de cobertura a Stalin frente a los obreros; personalmente, Stalin está indudablemente a favor del socialismo, pero no se puede enajenar a la burguesía republicana. Stalin es necesario a Azaña y a Companys como el verdugo experimentado que goza de una

autoridad de revolucionario ; sin él, reducidos a un amasijo de nada, no hubieran podido ni se hubieran atrevido a atacar a los obreros.

Gracias al apoyo de Moscú los reformistas tradicionales de la II Internacional, despistados por la marcha de la lucha de clases, recibieron un refuerzo moral, recobrando la confianza en sí mismos. Además, ese apoyo no fue brindado a todos los reformistas, sino a los más reaccionarios ; Caballero representaba el ala del Partido Socialista ligada a la aristocracia obrera. Negrín y Prieto se inclinaban siempre del lado de la burguesía. Negrín venció a Caballero con la ayuda de Moscú. Prisioneros del Frente Popular, los socialistas de izquierda y los anarquistas se han esforzado ciertamente por salvar lo que podía ser salvado de la democracia. Pero, como no han sabido movilizar a las masas contra los gendarmes del Frente Popular, sus esfuerzos se han reducido, en fin de cuentas, a lastimosas lamentaciones. Los estalinistas se encontraron de este modo aliados al ala más derechista, más abiertamente burguesa del Partido Socialista. Dirigieron sus golpes a la izquierda, contra el POUM, los anarquistas y los socialistas de izquierda, es decir, contra los grupos centristas que, aunque muy limitadamente, reflejaban la presión de las masas revolucionarias.

Este hecho político, harto elocuente de por sí, da al mismo tiempo la medida de la degeneración de la Komintern en estos últimos años. En su momento hubimos de definir al estalinismo como un centrismo burocrático ; los acontecimientos han dado un cierto número de pruebas de la justeza de aquella definición, pero, actualmente, ya está superada. Los intereses de la burocracia bonapartista ya no coinciden con el hibridismo del centrismo. En su afán de buscar acuerdos con la burguesía, la claqué estalinista es capaz de hacer alianzas únicamente con los elementos más conservadores de la aristocracia obrera mundial. De ahí que el carácter contrarrevolucionario del estalinismo en la arena mundial quede definitivamente establecido.

Las ventajas contrarrevolucionarias del estalinismo

Aquí llegamos a la médula de la solución del enigma : ¿ cómo y por qué el Partido Comunista español, insignificante por su número y su dirección, ha sido capaz de concentrar en sus manos todos los puestos de mando, a pesar de la presencia de organizaciones socialistas y anarquistas incomparablemente más poderosas ? La explicación socorrida de que los estalinistas han adquirido el poder a cambio de las armas soviéticas es superficial. A cambio de las armas, Moscú ha recibido el oro español.

¿Cómo pues ha obtenido Stalin incluir el poder en esa transacción? La consabida respuesta es: elevando su autoridad ante las masas gracias a los abastecimientos militares, el gobierno soviético ha puesto como condición de su colaboración una serie de medidas decisivas contra los revolucionarios, deshaciéndose de este modo de adversarios peligrosos. Todo esto es indiscutiblemente cierto, pero se trata solamente de un aspecto de la cuestión y, por cierto, el menos importante. A pesar de la « autoridad » resultante de los abastecimientos soviéticos, el Partido Comunista Español sigue siendo una pequeña minoría que continúa encontrando un odio creciente entre los obreros. Por otra parte, no bastaba con que Moscú impusiese condiciones, faltaba aún que Valencia las aceptase. Y ése es el fondo de la cuestión. No sólo Zamora, Companys y Negrín, sino también Caballero cuando fue presidente del Consejo, todos, con mayor o menor buena voluntad, fueron accediendo a las exigencias de Moscú. ¿Por qué? Porque esos mismos señores querían mantener la revolución dentro del marco burgués.

No sólo los socialistas, sino hasta los anarquistas se abstuvieron de oponerse seriamente al programa estalinista. Temían por su cuenta un rompimiento con la burguesía. Cada ofensiva revolucionaria de los obreros les causaba un miedo pánico. Con sus armas y su ultimátum contrarrevolucionario Stalin fue el salvador de todos esos grupos, asegurándoles lo que esperaban: la victoria militar contra Franco, liberándolos al mismo tiempo de toda responsabilidad en lo tocante a la marcha de la revolución. Se apresuraron a quitarse sus máscaras socialistas y anarquistas, con la esperanza de volvérselas a poner cuando Moscú hubiere restablecido para ellos la democracia burguesa. Para colmo de comodidad, esos señores podían justificar su traición al proletariado pretextando la necesidad de un acuerdo militar con Stalin. Por su parte, Stalin justificaba su política contrarrevolucionaria por la necesidad de un acuerdo con la burguesía republicana.

Sólo desde este ángulo más amplio nos resulta clara la paciencia angelical de esos campeones del derecho y de la libertad que son Azaña, Companys, Negrín, Caballero, García Oliver y compañía ante los representantes de la GPU. Si fuese cierto que, como afirman, no tenían otra alternativa, no es en modo alguno que no pudiesen pagar los aviones y los tanques de otra forma que con las cabezas de los revolucionarios y los derechos obreros, sino porque les era imposible realizar su propio programa « puramente democrático », es decir, antisocialista, por otro método que por el terror. Cuando los obreros y los campesinos emprenden el camino de su revolución, es decir, se apoderan de las fábricas, de los latifundios, expulsando a los antiguos propietarios, toman el poder aquí y allá, entonces, la contrarrevolución democrático-burguesa, estalinista o fascista (para el caso es lo

mismo) no tiene más medio de detener ese movimiento que a través de la violencia sangrienta, la mentira y el engaño. La ventaja de la claqué stalinista en este camino consiste en que comenzó inmediatamente a aplicar métodos que dejaban pequeños a Azaña, Companys, Negrín y sus otros aliados de izquierda.

Stalin confirma a su manera la teoría de la revolución permanente

Es así como se han afrontado en el territorio de España dos programas irreductibles. De un lado, el programa de la salvaguardia a toda costa de la propiedad privada contra el proletariado, y, en la medida de lo posible, la salvaguardia de la democracia contra Franco. Del otro lado, el programa del aniquilamiento de la propiedad privada por medio de la conquista del poder por el proletariado. El primer programa expresaba los intereses del capital a través de la aristocracia obrera, de las prominencias de la pequeña burguesía y, sobre todo, de la burocracia soviética. El segundo programa traducía, en lenguaje marxista, las tendencias, no plenamente conscientes, pero poderosas, del movimiento revolucionario de las masas. Por desgracia para la revolución, entre el puñado de bolcheviques y el proletariado revolucionario se levantaba el tabique contrarrevolucionario del Frente Popular.

A su vez, la política del Frente Popular no fue en modo alguno determinada por el chantaje de Stalin en su condición de abastecedor de armas. Con certeza, el chantaje va implicado en las condiciones internas de la propia revolución. En el transcurso de los seis últimos años el fondo social de ésta había sido la ofensiva creciente de las masas contra la propiedad semifeudal y burguesa. Precisamente, la necesidad de defender esa propiedad fue lo que lanzó a la burguesía en brazos de Franco. El gobierno republicano había prometido a la burguesía defender la propiedad por medio de medidas « democráticas » pero, sobre todo en julio de 1936, su quiebra fue total. Cuando la situación en el frente de la propiedad se hizo aún más amenazadora que en el frente militar, los demócratas de toda laya, inclusive los anarquistas, se inclinaron ante Stalin, y éste no pudo encontrar en su arsenal otros métodos que los de Franco.

Sin las persecuciones contra los trotskistas, los poumistas, los anarquistas revolucionarios y los socialistas de izquierda, sin las bajas calumnias, los documentos falsificados, las torturas en las prisiones estalinistas, los asesinatos por la espalda, sin todo eso, la bandera burguesa no se hubiera mantenido bajo la bandera republicana ni dos meses. La GPU se hizo dueña de la situación sólo porque defendió más consecuentemente que los demás, es decir, con más artimañas y crueldad, los intereses de la burguesía contra el proletariado.

En su lucha contra la revolución socialista, el demócrata Kerenski había buscado apoyo primeramente en la dictadura militar de Kornilov, luego intentó entrar en Petrogrado en los furgones del general monárquico Krasnov ; por otra parte, para llevar a cabo la revolución democrática, los bolcheviques se vieron obligados a derrocar al gobierno de los charlatanes y parlanchines democráticos. Fue así como, de paso, pusieron fin a los intentos de instaurar una dictadura militar o fascista.

La revolución demuestra una vez más que es imposible defender la democracia contra las masas revolucionarias, excepto por medio de métodos reaccionarios fascistas. E inversamente, es imposible llevar a cabo una verdadera lucha contra el fascismo si no es a través de los métodos de la revolución proletaria. Stalin luchó contra el trotskismo (la revolución proletaria) destruyendo la democracia con medidas bonapartistas y la GPU. Ello refuta de una vez para siempre la vieja teoría menchevique que la Komintern ha hecho suya, teoría que divide la revolución socialista en dos capítulos históricos independientes, separados en el tiempo. La obra de los verdugos de Moscú confirma a su manera la justeza de la teoría de la revolución permanente.

El papel de los anarquistas

En la Revolución española los anarquistas no han tenido ninguna posición independiente. No han hecho sino oscilar entre menchevismo y bolchevismo. Para hablar con mayor propiedad, los obreros anarquistas tendían instintivamente a encontrar una salida en la vía bolchevique (19 de julio de 1936, jornadas de mayo de 1937), mientras que, por el contrario, los jefes empujaban con todas sus fuerzas a las masas hacia el campo del Frente Popular, es decir, del régimen burgués.

Los anarquistas hicieron gala de una incomprensión fatal de las leyes de la revolución y de sus tareas cuando intentaron limitarse a los sindicatos, es decir, a organizaciones de tiempos de paz, impregnadas de rutina, ignorando lo que pasaba fuera del sindicato, en la masa, en los partidos políticos y en el aparato estatal. Si los anarquistas hubiesen sido revolucionarios, habrían ante todo hecho un llamamiento en favor de la creación de soviets que aglutinasen a todos los representantes de la ciudad y del campo, incluyendo a esos millones de hombres, los más explotados, que no han ingresado jamás en los sindicatos. En los soviets los obreros revolucionarios hubiesen ocupado naturalmente la posición dominante. Los estalinistas se hubiesen encontrado reducidos a una minoría insignificante. El proletariado se habría percatado de su fuerza invencible. El aparato estatal burgués hubiera quedado suspendido en vilo. No hubiera sido

necesario asestar un golpe muy duro para que este aparato se desmoronase. La revolución socialista habría recibido un poderoso impulso. El proletariado francés no hubiera permitido por más tiempo que Léon Blum bloquease la revolución proletaria allende los Pirineos.

La burocracia de Moscú no hubiera podido permitirse semejante lujo. Las cuestiones más difíciles se hubiesen resuelto por sí mismas.

En lugar de esto los anarcosindicalistas, que intentaban refugiarse en la política de los sindicatos, vinieron a resultar la quinta rueda del carro de la democracia burguesa, para gran asombro de todo el mundo y de ellos mismos. Y ni siquiera por mucho tiempo ya que la quinta rueda no le sirve a nadie. Después que García Oliver y Cía hubieron ayudado a Stalin y a sus acólitos a arrebatarse el poder a los obreros, los anarquistas fueron expulsados del gobierno de Frente Popular. Disimularon el pavor del pequeño burgués ante el gran burgués, del pequeño burócrata ante el gran burócrata, con discursos plañideros sobre la santidad del frente único (de las víctimas con los verdugos) y sobre la imposibilidad de admitir cualquier dictadura, inclusive la de ellos mismos. Hubiéramos podido tomar el poder en julio de 1936... Hubiéramos podido tomar el poder en mayo de 1937... Es así como los anarquistas imploraban a Negrín y a Stalin que agradecieran y recompensaran su traición a la revolución. ¡Qué espectáculo repugnante!

La sola autojustificación: « no hemos tomado el poder, no porque no hayamos podido, sino porque no hemos querido, porque nos oponemos a toda dictadura, etc. » conlleva la condenación del anarquismo como doctrina totalmente contrarrevolucionaria. Renunciar a la conquista del poder equivale a abandonarlo voluntariamente a los que lo detentan, a los explotadores. El fondo de toda revolución ha estribado y sigue estribando en llevar a una nueva clase al poder y a darle de este modo todas las posibilidades de realizar su programa. Es imposible hacer la guerra sin desear la victoria. Después de la toma del poder, nadie les hubiera impedido a los anarquistas instaurar el régimen que hubiesen querido, suponiendo, desde luego, que éste fuese realizable. Pero los propios jefes anarquistas habían perdido toda fe en el mismo. Se alejaron del poder no porque se opongan a toda dictadura —de hecho, de buena o mala gana apoyaron y apoyan a la dictadura Negrín-Stalin—, sino porque habían abandonado sus principios por completo y perdido el coraje, si alguna vez tuvieron los unos y el otro. Tenían miedo, miedo de todo, del aislamiento, de la intervención, del fascismo, tenían miedo de Stalin, miedo de Negrín. Pero de lo que más miedo tenían estos charlatanes era de las masas revolucionarias.

Toda organización obrera que se niega a conquistar el poder cae inevitablemente en la charca del reformismo y se transforma

en el juguete de la burguesía ; no puede ser de otra manera, dada la estructura de clase de la sociedad.

Al levantarse contra el fin, la toma del poder, los anarquistas no podían dejar de levantarse a fin de cuentas contra los medios, la revolución. Los jefes de la CNT y de la FAI no solamente han ayudado a la burguesía a mantenerse a la sombra del poder en julio de 1936, sino a restablecer pedazo a pedazo lo que había perdido de un solo golpe. Han saboteado en mayo de 1937 la insurrección de los obreros y en consecuencia han salvado la dictadura de la burguesía. De esta manera, el anarquista que solamente quería ser antipolítico, ha actuado de hecho como antirrevolucionario y en los momentos más críticos, como contrarrevolucionario.

Los teóricos anarquistas que, después del gran examen de los años 1931 a 1937, repiten los viejos cuentos sobre Kronstadt y afirman : el estalinismo es el producto inevitable del marxismo y del bolchevismo, sólo demuestran con ello que han muerto para siempre para la revolución.

¿ Dicen ustedes que el marxismo es violencia en sí mismo y que el estalinismo es su descendiente legítimo ? Entonces, ¿ por qué nosotros, marxistas revolucionarios, nos encontramos en lucha mortal contra el estalinismo en el mundo entero ? ¿ Por qué la camarilla stalinista ve su enemigo principal en el trotsquismo ? ¿ Por qué todos los acercamientos hacia nuestras concepciones o nuestro sistema de acción (Durruti, Andrés Nin, Landau y otros) obligan a los gánsters del estalinismo a recurrir a una represión sangrienta ? Por otra parte, ¿ por qué los jefes del anarquismo español eran ministros de Caballero-Negrín, es decir servidores de la burguesía y de Stalin en el momento de los crímenes de la Guepeú en Moscú y en Madrid ? ¿ Por qué ahora mismo los anarquistas continúan siendo prisioneros voluntarios de Stalin-Negrín, es decir de los verdugos de la revolución, por su incapacidad de luchar contra el fascismo y bajo el pretexto de luchar contra el fascismo ?

Los abogados del anarquismo que predicán por Kronstadt y por Majno no engañan a nadie. En el episodio de Kronstadt y en la lucha contra Majno nosotros defendimos la revolución proletaria contra la contrarrevolución campesina. Los anarquistas españoles han defendido y defienden todavía la contrarrevolución burguesa contra la revolución proletaria. Ningún sofisma hará desaparecer de la historia el hecho de que el anarquismo y el stalinismo se hayan encontrado del mismo lado de la barricada, las masas revolucionarias y los marxistas del otro. Tal es la verdad que penetrará para siempre en la conciencia del proletariado.

El papel del POUM

Algo parecido ocurre con el POUM. Ciertamente, en teoría ha intentado apoyarse en la fórmula de la revolución permanente (por esta razón los estalinistas han tratado a los del POUM de trotskistas), pero la revolución no se contenta con simples reconocimientos teóricos. En vez de movilizar a las masas contra los jefes reformistas, incluidos los anarquistas, el POUM trataba de convencer a estos señores de la ventaja del socialismo sobre el capitalismo. A partir de este diapasón se concertaban todos los artículos y discursos de los líderes del POUM. Para no separarse de los jefes anarquistas, se abstuvieron de organizar sus propias células en la CNT y en general no hicieron ningún trabajo en ella. Para eludir los conflictos agudos, no realizaron ningún trabajo en el ejército republicano. En lugar de esto, edificaron sus « propios sindicatos » y « sus propias milicias » que defendían sus propios edificios o se ocupaban de sus propios sectores del frente. Al aislar a la vanguardia revolucionaria de la clase, el POUM debilitaba la vanguardia y dejaba a las masas sin dirección. Políticamente, el POUM ha permanecido incomparablemente más cerca del Frente popular, cubriendo su ala izquierda, que del bolchevismo. Si el POUM ha sido víctima de una represión sangrienta y falaz, es porque el Frente Popular solamente podía cumplir su misión de ahogar la revolución socialista destrozando trozo por trozo su propio flanco izquierdo.

A fin de cuentas, a pesar de sus intenciones el POUM ha constituido el principal obstáculo en el camino de la construcción de un Partido revolucionario. Los partidarios platónicos o diplomáticos de la IV Internacional que, como el jefe del Partido Socialista Revolucionario holandés, Sneevliet, han sostenido ostensiblemente al POUM en su hibridez, su indecisión, su tendencia a apartar las cuestiones candentes, en una palabra, su centrismo, se han echado sobre los hombros una gravísima responsabilidad. La revolución no se acomoda al centrismo. Lo desenmascara y lo aniquila. De paso, compromete a los abogados y amigos del centrismo. Esta es una de las más importantes lecciones de la revolución española.

El problema del armamento

Los socialistas y los anarquistas que tratan de justificar su capitulación frente a Stalin por la necesidad de pagar las armas de Moscú con el abandono de la conciencia y de los principios, sencillamente mienten y, además, mienten estúpidamente. Es seguro que muchos de ellos hubieran preferido salir del atolladero sin asesinatos ni falsificaciones. Pero cada fin impone sus

medios. Desde abril de 1931, es decir, mucho antes de la intervención militar de Moscú, los socialistas y los anarquistas han hecho todo lo posible por frenar la revolución proletaria. Stalin les ha enseñado cómo efectuar este trabajo hasta el final. Se han hecho cómplices de Stalin porque perseguían los mismos fines políticos.

Si los jefes anarquistas hubieran sido tan siquiera un poco revolucionarios, frente al primer chantaje de Moscú habrían podido responder, no sólo con la continuación de la ofensiva socialista sino además divulgando, ante la clase obrera mundial, las condiciones contrarrevolucionarias de Stalin. Así, habrían forzado a la dictadura de Moscú a optar entre la revolución socialista y la dictadura de Franco. La burocracia termidoriana teme a la democracia y la odia. Pero también teme el verse estrangulada por el anillo fascista. Además, depende de los obreros. Todo parece indicar que Moscú se habría visto forzado a proporcionar las armas, y quizás a un precio más moderado.

Pero el mundo no se reduce al Moscú de Stalin. En un año y medio de guerra civil se podía desarrollar la industria de guerra española adaptando una serie de fábricas civiles a las necesidades de la guerra. Si no se ha realizado este trabajo es sólo porque las iniciativas de las organizaciones obreras han sido combatidas tanto por Stalin como por sus aliados españoles. Una industria de guerra importante constituiría un poderoso instrumento en manos de los obreros. Los jefes del Frente Popular prefirieron depender de Moscú.

Precisamente en esta cuestión aparece de manera perfectamente clara el papel pérfido del Frente Popular, que imponía a las organizaciones proletarias la responsabilidad de las transacciones traicioneras de la burguesía con Stalin. En la medida en que los anarquistas estaban en minoría, es evidente que no podían impedir que el bloque dirigente tomase los acuerdos que le viniesen en gana con los amos de Moscú, Londres y París; pero, sin dejar de ser los mejores combatientes del frente, los anarquistas podían y debían distinguirse inequívocamente de los traidores, explicando la verdadera situación a la masa, movilizándola contra el gobierno burgués, incrementando día a día sus fuerzas, para, a fin de cuentas, adueñarse del poder y, por lo tanto, de las armas de Moscú.

Pero, ¿qué habría pasado si Moscú se hubiera negado a dar armas en ausencia del Frente Popular? Y nosotros respondemos, ¿qué habría pasado si la Unión Soviética no hubiera existido? Hasta el presente, las revoluciones no han triunfado en modo alguno gracias a protecciones extranjeras que les proporcionasen armas. Normalmente, los protectores extranjeros se han hallado del lado de la contrarrevolución. ¿Hace falta recordar las intervenciones francesa, inglesa y americana contra los soviéticos? El proletariado de Rusia ha pasado a la revolución

interior y a los intervencionistas extranjeros sin apoyo militar del exterior. Las revoluciones triunfan ante todo gracias a un programa social que proporciona a las masas la posibilidad de apoderarse de las armas que se encuentran en su territorio y de disgregar al ejército enemigo. El Ejército Rojo se apoderó de las reservas militares francesas, inglesas y americanas, arrojando al mar a los cuerpos expedicionarios extranjeros. ¿O es que ya esto se ha olvidado?

Si al frente de los obreros y campesinos armados, es decir, al frente de la España republicana, se hubieran encontrado los revolucionarios y no los agentes poltrones de la burguesía, el problema del armamento nunca hubiera jugado un papel preponderante. El ejército de Franco, incluso los rifeños coloniales y los soldados de Mussolini, no estaban en absoluto inmunizados contra el contagio revolucionario. Rodeados por todas partes por el incendio de la revolución socialista, los soldados fascistas hubieran quedado reducidos a una cantidad insignificante. No eran las armas ni los «genios» militares lo que faltaba en Madrid y en Barcelona. Lo que faltaba era el partido revolucionario.

Las condiciones de la victoria

Las condiciones de la victoria de las masas contra los opresores en la guerra civil son, en el fondo, muy sencillas.

1. Los combatientes del ejército republicano deben tener una conciencia clara de que combaten por su completa emancipación social y no por el restablecimiento de la antigua forma (democrática) de explotación.
2. Lo mismo debe hacerse comprender a los obreros y a los campesinos, tanto en la retaguardia del ejército revolucionario como en la del ejército enemigo.
3. La propaganda en el propio frente, en el del adversario y en la retaguardia de ambos ejércitos, debe estar completamente impregnada del espíritu de la revolución social. La consigna «primero la victoria, luego las reformas», es la fórmula de todos los opresores y explotadores, comenzando por los reyes bíblicos y acabando por Stalin.
4. Las clases y capas sociales que participan en la lucha determinan la victoria. Las masas deben poseer un aparato estatal que exprese directa e inmediatamente su voluntad. Semejante aparato sólo puede ser construido por los Soviets de diputados de los obreros, campesinos y soldados.
5. El ejército revolucionario no solamente debe proclamar sino realizar inmediatamente en las provincias conquistadas las medi-

das más urgentes de la revolución social : expropiación y entrega a los necesitados de las reservas existentes de productos alimenticios, manufacturados y demás ; redistribución de las viviendas en beneficio de los trabajadores y, sobre todo, de las familias de los combatientes ; expropiación de la tierra y de los instrumentos agrícolas en favor de los campesinos ; establecimiento del control obrero de la producción y del poder soviético en lugar de la antigua burocracia.

6. Deben ser implacablemente expulsados del ejército revolucionario los enemigos de la revolución socialista, es decir, los elementos explotadores y sus agentes, aunque se cubran con la máscara de « demócrata », de « republicano », de « socialista » o de « anarquista ».

7. Al frente de cada división debe encontrarse un comisario de una autoridad irreprochable como revolucionario y como combatiente.

8. En cada división militar debe haber un núcleo homogéneo de los combatientes más abnegados, recomendados por las organizaciones obreras. Los miembros de este núcleo poseen un solo privilegio : el de ocupar los primeros puestos en la línea de fuego.

9. Al principio, muchos elementos extraños y poco seguros figuran en los cuadros de mando. La verificación y selección de los mismos deben hacerse a base de la experiencia militar y de la opinión de los comisarios y de los combatientes de línea. Al mismo tiempo, los esfuerzos deben tender a la formación de comandantes salidos de las filas de los obreros revolucionarios.

10. La estrategia de la guerra civil debe combinar las reglas del arte militar con las tareas de la revolución social. No sólo en la propaganda, sino también en las operaciones militares es preciso contar con la composición social de los distintos componentes del ejército enemigo (voluntarios burgueses, campesinos movilizados o, como en el caso de Franco, esclavos coloniales) y, al optar por las líneas de operaciones, considerar muy seriamente la cultura social de las regiones correspondientes del país (regiones industrializadas, campesinas, revolucionarias o reaccionarias, regiones de nacionalidades oprimidas, etc). En dos palabras, la política revolucionaria domina la estrategia.

11. En su calidad de comité ejecutivo de los obreros y campesinos el gobierno debe saber ganarse la confianza del ejército y del pueblo trabajador.

12. La política exterior debe tener por objetivo principal despertar la conciencia revolucionaria de los obreros, campesinos y nacionalidades oprimidas de todo el mundo.

Stalin ha asegurado las condiciones de la derrota

Como podemos ver, las condiciones de la victoria son bien simples. Su conjunto se llama revolución socialista. Ninguna de esas condiciones ha existido en España. La razón principal es la ausencia de partido revolucionario. Es cierto que Stalin ha intentado trasladar al terreno español los procedimientos externos del bolchevismo: buró político, comisarios, células, GPU, etc. Pero había vaciado esas formas de su contenido socialista. Había rechazado el programa bolchevique, y con él, los soviets en tanto que forma necesaria de la iniciativa de las masas. Puso la técnica del bolchevismo al servicio de la propiedad burguesa. En su estrechez burocrática se imaginaba que los comisarios, por el simple hecho de serlo, serían capaces de asegurar la victoria. Pero lo único que los comisarios de la propiedad privada han sido capaces de asegurar es la derrota.

El proletariado ha dado muestras de cualidades combativas de primera magnitud. Desde el primer día de la revolución, gracias a su peso específico en la economía del país, a su nivel político y cultural, ha estado, no por debajo, sino por encima del proletariado ruso de principios de 1917. Sus propias organizaciones son las que han constituido el principal obstáculo en el camino de la victoria. Cómplice de la contrarrevolución, la claqué dirigente se componía de agentes a sueldo, de carreristas, de elementos desclasados y de desechos sociales de todo tipo. Los representantes de las otras organizaciones obreras, reformistas inveterados, parlanchines anarquistas, centristas incurables del POUM, gruñían, vacilaban, suspiraban, maniobraban pero, a fin de cuentas, se adaptaban a los estalinistas. El resultado de todo su trabajo fue que el campo de la revolución social (obreros y campesinos), se vio sometido a la burguesía, o más bien a su sombra, perdiendo su carácter y su sangre. No han faltado ni el heroísmo de las masas, ni el coraje de los revolucionarios aislados. Pero las masas fueron abandonadas a sí mismas, los revolucionarios apartados, sin programa, sin plan de acción. Los jefes militares se preocuparon más por aplastar la revolución social que de las victorias militares. Los soldados perdieron confianza en sus comandantes, las masas en el gobierno; los campesinos se mantuvieron apartados, los obreros se hastiaron, las derrotas se sucedían, la desmoralización crecía. No era difícil prever todo esto desde el inicio mismo de la guerra civil. Al plantearse como tarea la salvación del régimen capitalista, el Frente Popular estaba llamado a ser derrotado militarmente. Poniendo el bolchevismo patas arriba Stalin ha desempeñado con éxito el papel principal de sepulturero de la revolución.

Dicho sea de paso, la experiencia española demuestra una vez más que Stalin no ha comprendido nada en la Revolución de Octubre ni en la guerra civil. Su torpe espíritu provinciano

quedó a la zaga de la marcha impetuosa de los acontecimientos de 1917 a 1921. Todos los discursos y artículos de 1917 en que expresaba un pensamiento propio contienen íntegramente su más reciente doctrina terrorista. En ese sentido, el Stalin de España de 1937 es el continuador del Stalin de la Conferencia de marzo de 1917. Pero mientras que en 1917 estaba solamente aterrado por los obreros revolucionarios, en 1937 los ha estrangulado; el oportunista se ha hecho verdugo.

La guerra civil en la retaguardia

¡Pero para vencer a los gobiernos [Largo] Caballero-Negrín hubiera sido necesario librar una guerra civil en la retaguardia de los ejércitos republicanos!, chillaba aterrado el filósofo demócrata. Como si no existiera ya, sin necesidad de aquello, la guerra civil más perversa y traicionera, la guerra de los propietarios y de los explotadores contra los obreros y los campesinos. Esta guerra sin cuartel se manifestó por la detención y el asesinato de revolucionarios, el desarme de los obreros, el armamento de la policía burguesa, el abandono de los destacamentos obreros en el frente, sin armas y sin apoyo, en fin, por el interés artificial del desarrollo de la industria de guerra. Cada uno de estos actos constituye un golpe cruel para el frente, una traición militar manifiesta, dictada por los intereses de clase de la burguesía. Sin embargo, el filisteo «demócrata» —estalinista, socialista o anarquista—, considera la guerra civil de la burguesía contra el proletariado, incluso en la retaguardia inmediata del frente, como una guerra natural e inevitable que tiene por objeto «asegurar la unidad del Frente Popular». Por el contrario, a los ojos del mismo filisteo, la guerra civil del proletariado contra la contrarrevolución es una guerra criminal, «fascista», «trotskista», que destruye la unidad de las fuerzas antifascistas. Decenas de Norman Thomas¹, de mayor Attlee², de Otto Bauer³, de Zyromski⁴, de Malraux y de pequeños traficantes de mentiras como Duranty y Louis Fisher⁵ difunden esta sabiduría por el mundo. Mientras tanto, el gobierno del Frente Popular se traslada de Madrid a Valencia y de Valencia a Barcelona.

Si como lo confirman los hechos la revolución socialista es la única capaz de aplastar al fascismo, no es menos cierto que la insurrección del proletariado sólo se concibe si la clase domi-

1. Jefe del Partido Socialista norteamericano.

2. Exministro del Partido Laborista y del Consejo de ministros de Inglaterra.

3. Jefe y teórico de la socialdemocracia austriaca.

4. Socialista de izquierda francés proestalinista.

5. Periodistas norteamericanos muy favorables a los comunistas. Fisher fue tesoro en España de las Brigadas internacionales. [NDE]

nante cae en el atolladero de las grandes dificultades. Sin embargo, los filisteos demócratas invocan precisamente esas dificultades para demostrar la inadmisibilidad de la insurrección proletaria. Si el proletariado espera que los filisteos le anuncien la hora de su emancipación, su esclavitud será eterna. La tarea primordial y la principal obligación revolucionaria es enseñar a los obreros a reconocer a los filisteos reaccionarios bajo todos los disfraces, cualesquiera que éstos fueren.

El desenlace

Por su naturaleza, la dictadura del estalinismo en el campo republicano no ha de durar mucho tiempo. Si las derrotas provocadas por la política del Frente Popular empujan al proletariado español hacia una nueva ofensiva revolucionaria, esta vez con éxito, la claqué stalinista quedaría estigmatizada. Pero si —como parece más probable— Stalin consigue realizar hasta el fin su trabajo de sepulturero de la revolución, aun en ese caso nadie le estará agradecido. La burguesía española lo ha necesitado como verdugo, pero en forma alguna lo necesitará como protector y tutor. A sus ojos, Londres y París por una parte, Roma y Berlín por la otra, son mucho más serios que Moscú. Es posible que Stalin prefiera retirarse de España antes de la catástrofe definitiva. Así esperaría hacer caer la responsabilidad de la derrota sobre sus propios aliados. Después de la cual Litvinov¹ solicitaría de Franco el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Es algo que ya hemos visto más de una vez.

Sin embargo, la victoria total del ejército republicano sobre Franco no significaría el triunfo de la democracia. Los obreros y los campesinos han llevado dos veces al poder a los republicanos y a sus agentes: en abril de 1931 y en febrero de 1936. Las dos veces los héroes del Frente Popular cedieron la victoria del pueblo a los representantes más reaccionarios de la burguesía. La tercera victoria obtenida por los generales del Frente Popular significaría su acuerdo inevitable con la burguesía fascista a espaldas de los obreros y de los campesinos. Semejante régimen no sería más que otra forma de la dictadura militar, tal vez sin monarquía ni dominación abierta de la Iglesia católica.

Por último, es posible que los intermediarios anglo franceses «desinteresados» utilicen las victorias parciales de los republicanos para reconciliar a los beligerantes. No es difícil comprender que, en dicho caso, los últimos vestigios de la democracia

¹ Máximo Litvinov, diplomático soviético, que intervino en numerosas conferencias internacionales en representación de la URSS. (NDRI)

serían asfixiados por los abrazos fraternales de los generales Miaja (comunista) y Franco (fascista). Una vez más, sólo pueden vencer la revolución socialista o el fascismo.

Tampoco hay que descartar que, en el último momento, la tragedia se convierta en farsa. Cuando los héroes del Frente Popular tengan que abandonar su última capital, antes de subir al barco o al avión, proclamarán sin duda una serie de reformas socialistas para dejar al pueblo un buen recuerdo de ellos. Pero de nada les servirá. Los obreros del mundo recordarán con odio y desdén a los partidos que condujeron a la perdición a una población heroica.

La experiencia trágica de España es una advertencia amenazadora —tal vez la última advertencia antes que se produzcan acontecimientos aún mayores— dirigida a todos los obreros del mundo. Las revoluciones —según las palabras de Marx— son las locomotoras de la historia, avanzan más rápido que el pensamiento de los partidos revolucionarios a medias o a cuartas. El que se detiene cae bajo las ruedas de la locomotora. Además, —y éste es el peligro principal—, la propia locomotora se descarrila con frecuencia. El problema de la revolución debe ser penetrado hasta el fondo, hasta sus últimas consecuencias concretas. Hay que conformar la política a las leyes fundamentales de la revolución, es decir, al movimiento de las clases en lucha, y no a los temores y prejuicios superficiales de los grupos pequeño-burgueses que se dan el título de Frente Popular y otro montón de cosas. En la revolución la línea de menor resistencia resulta ser la del peor descalabro. El temor de aislarse de la burguesía lleva a aislarse de las masas. La adaptación a los prejuicios conservadores de la aristocracia obrera equivale a la traición a los obreros y a la revolución. El exceso de prudencia es la imprudencia más funesta. Esta es la lección principal del derrumbe de la organización política más honesta de España, el POUM, partido centrista. Los grupos del Buró de Londres no quieren o no saben evidentemente sacar las conclusiones necesarias de la última advertencia de la Historia. De ahí que vayan derechos a la perdición.

Por el contrario, surge ahora una nueva generación de revolucionarios que se educan con las lecciones de las derrotas. Esta generación ha podido verificar en los hechos la reputación ignominiosa de la II Internacional. Ha aprendido a juzgar a los anarquistas no por sus palabras, sino por sus actos. Gran e inapreciable escuela, pagada con la sangre de incontables combatientes. Los cuadros revolucionarios se agrupan ahora bajo la sola bandera de la IV Internacional. Esta ha nacido bajo el estruendo de las derrotas para llevar a los trabajadores a la victoria.

La tragedia de España. (La caída de Barcelona)

Uno de los capítulos más trágicos de la historia moderna está llegando a su conclusión en España. Del lado de Franco no hay ni ejército poderoso ni apoyo popular. Hay solamente propietarios rapaces, prestos a ahogar en sangre las tres cuartas partes de la población sólo por mantener su dominación sobre la otra parte. Pero esta ferocidad canibalesca no hubiera sido suficiente para asegurar la victoria sobre el heroico proletariado español. Franco tenía necesidad de una ayuda venida del lado opuesto del frente. Y esta ayuda la ha conseguido. Su principal auxiliar ha sido y lo es todavía Stalin, el enterrador del partido bolchevique y de la revolución proletaria. La caída de Barcelona, la gran capital proletaria, es el precio directo de las matanzas del proletariado de Barcelona en mayo de 1937.

Por insignificante que sea Franco mismo, por miserable que pueda ser su banda de aventureros, de gente sin honor, sin conciencia y sin talento militar, la gran superioridad de Franco consiste, sin embargo, en que posee un programa claro y definido: salvaguardar y estabilizar la propiedad capitalista, el poder de los explotadores y el dominio de la Iglesia, restaurar la monarquía.

Las clases dominantes de todos los países capitalistas, tanto las de los países fascistas como las de las democracias, han demostrado, conforme a la naturaleza de las cosas, estar al lado de Franco. La burguesía española se ha pasado completamente al campo de Franco. A la cabeza del campo republicano se han quedado los lacayos « democráticos » rechazados por la burguesía. Estos señores no pudieron desertar y pasarse del lado fascista, debido a que las fuentes mismas de sus ingresos y de su influencia residía en las instituciones de la democracia burguesa, quien tiene (o tenía) necesidad, para su normal funcionamiento, de hombres de leyes, de diputados, de periodistas, en una palabra de campeones democráticos del capitalismo. Todo el programa de Azaña y Cía., no era otra cosa que la nostalgia de los días pasados y constituía una base completamente inadecuada. El Frente Popular recurrió a la demagogia y a las ilusiones para arrastrar a las masas detrás de él. Consiguió hacerlo durante un cierto tiempo. Las masas que habían asegurado todos los éxitos anteriores de la revolución continuaban todavía creyendo que la revolución iba a llegar a su conclusión lógica, es decir al derrocamiento de las relaciones de propiedad

a los obreros. La fuerza dinámica de la revolución consiste precisamente en esta esperanza de las masas en un futuro mejor. Pero, Señores, los republicanos han hecho todo lo que estaba en sus manos para pisotear, mancillar y hasta ahogar en sangre las más queridas esperanzas de las masas oprimidas. El resultado —hemos podido verlo en el transcurso de los dos últimos años —ha sido la desconfianza y el odio creciente de los campesinos y de los obreros hacia las pandillas republicanas. La desesperanza o una triste indiferencia han remplazado gradualmente el entusiasmo revolucionario y el espíritu de sacrificio. Las masas han vuelto la espalda a los que las han engañado o pisoteado. Esta es la primera razón de la derrota de las tropas republicanas. El instigador de engaños y de la matanza de obreros revolucionarios españoles es Stalin. La derrota de la Revolución española es una nueva mancha de infamia indeleble sobre el « gang » del Kremlin, cargado ya con tantos crímenes. El aplastamiento de Barcelona asesta un terrible golpe al proletariado mundial, pero aporta también una gran lección. El mecanismo del Frente Popular español, en tanto que sistema organizado de mentiras y traición de las masas explotadas, ha sido completamente puesto al día. La consigna « defensa de la democracia » ha revelado, una vez más, su esencia reaccionaria y al mismo tiempo su carácter vacío. La burguesía desea perpetuar su régimen de explotación. Los obreros desean librarse de esta explotación. Estos son los verdaderos objetivos de las clases *fundamentales* de la sociedad moderna.

Las pandillas miserables de intermediarios pequeño burgueses, que habían perdido la confianza y los subsidios de la burguesía, han tratado de salvaguardar el pasado sin hacer ninguna concesión a los días por llegar. Bajo la etiqueta del Frente Popular, fundaron una sociedad anónima. Bajo la dirección de Stalin, han llegado a la más terrible de las derrotas, cuando todas las precondiciones de la victoria se encontraban al alcance de la mano.

El proletariado español ha dado clarísimas pruebas de una extraordinaria capacidad de iniciativa y de heroísmo revolucionario. La revolución ha sido llevada a la ruina por « líderes » despreciables y completamente corrompidos. La caída de Barcelona ilustra, ante todo, la caída de la Segunda y de la Tercera Internacionales, así como la de los anarquistas, unos y otros podridos hasta la médula.

¡ Trabajadores, adelante hacia una vía nueva ! ¡ Adelante hacia la vía de la Revolución socialista internacional !

Clase, partido y dirección.

¿ Por qué el proletariado español ha sido vencido ? 1939¹.

(Cuestiones de teoría marxista)

Se puede juzgar hasta qué punto se ha hecho retroceder al movimiento obrero no sólo considerando el estado de las organizaciones de masa, sino también los reagrupamientos ideológicos que se efectúan y las investigaciones teóricas a que se lanzan en tanto que grupos. En París aparece el periódico *Que faire ?* que, por una razón u otra, se considera marxista, pero que en realidad se sitúa enteramente en el cuadro del empirismo de los intelectuales burgueses de izquierda y de aquellos obreros aislados que han adquirido todos los vicios de los intelectuales.

Como todos los grupos sin fundamentos científicos, sin programa y sin tradición, ese pequeño periódico ha tratado de pegarse a las faldas del POUM, que parecía abrir el camino más corto de la victoria a las masas. Pero el resultado de esos lazos con la revolución española, parece inesperado a primera vista: el periódico no ha progresado, más bien al contrario, ha retrocedido. De hecho, eso está en la naturaleza de las cosas. Las contradicciones entre la pequeña burguesía, el conservadurismo y las necesidades de la revolución proletaria se han desarrollado hasta el extremo. No hay nada que no sea natural en el hecho de que los defensores y los intérpretes de la política del POUM se vean rechazados muy lejos en los terrenos político y teórico.

El periódico *Que faire ?* no tiene en sí mismo y por sí mismo ninguna importancia. Pero presenta interés en tanto que síntoma. Por eso nos parece provechoso detenernos en la apreciación que este periódico se hace de las causas de la derrota de la revolución española, en la medida en que tal apreciación pone de relieve los rasgos fundamentales que caracterizan hoy el flanco derecho del seudomarxismo.

«Que faire?» explica

Comencemos por una cita literal, extraída de una crítica del folleto *L'Espagne trahie* del camarada Casanova²: « Por qué la

1. Este texto figura en forma de borrador inacabado y de notas fragmentarias en los archivos de Trotski. Fue publicado por la revista *Fourth International*, en diciembre de 1940. El grupo que editaba la revista *Que faire ?* había sido fundado por André Ferrat, miembro del Comité central del PCF, expulsado en julio de 1936 por su oposición a la línea del Frente Popular.
2. *Sur l'histoire du PCF, militance trotskiste polono.* (INDU)

revolución ha sido aplastada? Porque, responde el autor [Casanova], el partido comunista ha aplicado una política falsa, que desgraciadamente ha sido seguida por las masas revolucionarias. Pero, ¿por qué diablos las masas revolucionarias que han abandonado a sus antiguos dirigentes se han agrupado en torno a la bandera del partido comunista? Porque no existía un verdadero partido revolucionario. » Se nos brinda una pura tautología. Una falsa política de masas; un partido que carece de madurez, o que manifiesta cierto estado de las fuerzas sociales (inmadurez de la clase obrera, defecto de independencia del campesinado) que hay que explicar a partir de hechos, presentados, entre otros, por el mismo Casanova; o bien es el producto de la acción de ciertos individuos o grupos de individuos maléficos, acciones que no corresponden a los esfuerzos de los « individuos sinceros », únicos capaces de salvar la revolución. Tras haber buscado a tientas el primer camino, Casanova toma el segundo. Nos vemos introducidos en el terreno de la demonología pura; el criminal responsable de la derrota es el jefe de los demonios, Stalin, apoyado por los anarquistas y todos los demás demonios chicos; el Dios de la revolución no envió desgraciadamente a España un Lenin o un Trotski como El hizo en Rusia en 1917. »

La conclusión es por el estilo: « He aquí lo que sucede cuando se pretende forzar los hechos con ayuda de la ortodoxia petrificada de una capilla ». Este desdén teórico es tanto más magnífico cuanto que es difícil imaginar cómo un número tan grande de observaciones banales, triviales o falsas, completamente típicas del género filisteo conservador, han podido ser comprimidas en tan pocas líneas.

El autor del párrafo citado más arriba evita el dar la menor explicación de la derrota de la revolución española; indica simplemente que explicaciones profundas, como el « estado de las fuerzas sociales », son necesarias. No es por azar por lo que se ha evitado toda explicación. Estos críticos del bolchevismo son todos ellos teóricos timoratos, por la simple razón de que no tienen nada sólido bajo sus pies. A fin de no descubrir su propia bancarrota hacen juegos malabares con los hechos y dan vueltas alrededor de las ideas de los demás. Se limitan a alusiones y a semipensamientos, como si no tuvieran tiempo de definir su propia sabiduría. Lo cierto es que no poseen sabiduría alguna. Su desdén está unido al charlatanismo intelectual.

Analicemos paso a paso las alusiones y semipensamientos de nuestro autor. Según él, una política falsa de masas no puede ser explicada mas que como « la manifestación de cierto estado de fuerzas sociales », es decir, la inmadurez de la clase obrera y el defecto de independencia del campesinado. Si fuéramos en búsqueda de tautologías, nos sería difícil hallar alguna más pedestre. Una « falsa política de masas » es explicada por la « manifestación de cierto estado de fuerzas sociales ». Pero, ¿qué es la « inmadurez »

de las masas? Evidentemente, es su predisposición a seguir falsas políticas. ¿En qué consistía esa falsa política y quiénes eran sus iniciadores: las masas o los dirigentes? —nuestro autor observa silencio sobre esto. Mediante una tautología, rechaza la responsabilidad sobre las masas. Esta clásica maña, utilizada por todos los traidores, los desertores y sus abogados, es particularmente indignante cuando se trata del proletariado español.

La sofística de los traidores

En julio de 1936 —para no referirnos a un periodo anterior—, los obreros españoles rechazaron el asalto de los oficiales que habían preparado su conspiración bajo la protección del Frente Popular. Las masas improvisaron milicias y crearon comités obreros, ciudadelas de su futura dictadura. Por otro lado, las organizaciones dirigentes del proletariado ayudaron a la burguesía a destruir aquellos comités, a liquidar los asaltos dados por los obreros a la propiedad privada, y a subordinar las milicias obreras al mando de la burguesía, con el POUM participando en el gobierno, por añadidura, y asumiendo una responsabilidad directa en aquel trabajo de contrarrevolución. ¿Qué significa en ese caso «inmadurez» del proletariado? Es evidente que significa simplemente que a despecho de la línea política correcta adoptada por las masas, estas últimas fueron incapaces de romper la coalición de los socialistas, los estalinistas, los anarquistas y el POUM con la burguesía. Este modelo de sofisma procede del concepto de una especie de madurez absoluta, es decir, de una condición perfecta de las masas, en la cual no tienen necesidad de una dirección correcta y, lo que es mejor todavía, son susceptibles de vencer contra su propia dirección. No existe ni puede existir tal madurez.

Pero, ¿por qué los obreros que manifiestan un instinto revolucionario tan seguro y aptitudes tan superiores para el combate se someterían a una dirección traidora?, objetan los sabios. No ha existido el más mínimo rastro de subordinación, responderemos nosotros. La línea de combate seguida por los obreros cortaba en cada momento, según cierto ángulo, la línea de la dirección. En los momentos más críticos, este ángulo llegaba a ser de 180 grados. La dirección ayudaba entonces, directa o indirectamente, a someter los obreros por la fuerza armada.

En mayo de 1937, los obreros de Cataluña se sublevaron no sólo sin su propia dirección, sino contra ella misma. Los dirigentes anarquistas —burgueses patéticos y despreciables disfrazados a poca costa de revolucionarios, han repetido centenares de veces en su prensa que si la CNT hubiese querido tomar el

poder en mayo, lo hubiera hecho sin dificultad. Esta vez, los anarquistas dicen la pura verdad. La dirección del POUM se asió literalmente a los faldones de la CNT, no hizo otra cosa que arrojar su política con otra fraseología. Sólo gracias a eso, pudo la burguesía aplastar la sublevación del proletariado en mayo « carente de madurez ». Hace falta no comprender nada en el dominio de las relaciones entre la clase y el partido, entre las masas y sus dirigentes, para repetir la frase hueca según la cual las masas españolas no han hecho mas que seguir a su dirección. La única cosa que se puede afirmar, es que las masas, que continuamente han intentado abrirse camino hacia la vía correcta, se han encontrado con que producir una nueva dirección que corresponda a las necesidades de la revolución, en el ardor del combate, estaba por encima de sus fuerzas. Estamos ante un proceso profundamente dinámico, en el que las diferentes etapas de la revolución se suceden rápidamente, en el que la dirección, o los diversos sectores de la dirección, desertan y se pasan rápidamente al enemigo de clase, y la discusión que emprenden nuestros sabios es puramente estática: ¿por qué la clase obrera en su conjunto ha seguido a unos dirigentes malos?

La manera dialéctica de abordar el problema

Existe un viejo epígrama, de acuerdo con la concepción evolucionista y liberal de la historia: un pueblo tiene el gobierno que merece. La historia nos muestra, sin embargo, que un mismo pueblo puede tener, en el curso de un periodo relativamente corto, gobiernos muy diferentes (Rusia, Italia, Alemania, España, etc.) y, lo que es más, el orden en que se suceden esos gobiernos no se establece en un solo sentido: del despotismo a la libertad, como lo conciben los liberales evolucionistas. El secreto reside en esto: un pueblo está compuesto de clases hostiles y esas mismas clases están compuestas de capas diferentes y en parte opuestas unas a otras, que poseen direcciones diferentes; más aún, cada pueblo recibe la influencia de otros pueblos, que también están compuestos de clases. Los gobiernos no son la expresión de la « madurez » continuamente creciente de un « pueblo », sino el producto de la lucha entre las diferentes clases y entre las diferentes capas dentro de una sola y misma clase y, en último lugar, de la acción de fuerzas exteriores: alianzas, conflictos, guerras, etc. A ello hay que añadir que un gobierno, desde el momento en que se establece, puede durar mucho más tiempo que la relación de fuerzas de que ha nacido. Las revoluciones, los golpes de Estado, las contrarrevoluciones se producen precisamente a partir de tales contradicciones.

El mismo método dialéctico debe ser utilizado cuando se

quiere abordar la cuestión de la dirección de una clase. A imagen y semejanza de los liberales, nuestros sabios admiten tácitamente el axioma de que cada clase tiene la dirección que se merece. En realidad, la dirección no es en manera alguna el simple « reflejo » de una clase, o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye a través de choques entre las diferentes clases, o de fricciones entre las diferentes capas que existen en el seno de una clase dada. Una vez surgida, la dirección se eleva invariablemente por encima de su clase y, por esto mismo, llega a estar predispuesta a recibir la presión y la influencia de otras clases. El proletariado puede « tolerar » mucho tiempo una dirección que ya ha sufrido una degeneración interna completa, pero que todavía no ha tenido ocasión de manifestar esa degeneración en el curso de grandes acontecimientos. Es necesario un gran choque histórico para revelar de manera aguda, la contradicción entre la dirección y la clase. Los choques históricos más potentes son las guerras y las revoluciones. Precisamente por esta razón la clase obrera es sorprendida por la guerra y la revolución, pero incluso en los casos en que la vieja dirección ha manifestado su corrupción interna, la clase no puede improvisar inmediatamente una nueva dirección, particularmente si no ha heredado del periodo precedente sólidos cuadros revolucionarios, capaces de utilizar el desmoronamiento del viejo partido dirigente. La interpretación marxista, es decir, dialéctica y no escolástica, de las relaciones entre una clase y su dirección no deja piedra sobre piedra de los sofismas legalistas de nuestro autor.

¿Cómo se efectuó la maduración de los obreros rusos?

Este concibe la madurez del proletariado como algo puramente estático. Sin embargo, durante una revolución, la conciencia de clase es el proceso más dinámico posible, el que determina directamente el curso de la revolución. ¿Era posible, en enero de 1917, o incluso en marzo, después de derribado el zarismo, responder a la pregunta de si el proletariado ruso había « madurado » suficientemente para conquistar el poder en ocho o nueve meses? La clase obrera era en ese momento extraordinariamente heterogénea, social y políticamente. Durante los años de guerra, había sido renovada en 30 ó 40 %, a partir de las filas de la pequeña burguesía, frecuentemente reaccionaria, a expensas de campesinos atrasados, a expensas de las mujeres y de los jóvenes. El partido bolchevique no era seguido, en marzo de 1917, más que por una minoría insignificante de la clase obrera y, además, la discordia reinaba dentro del partido mismo. Una mayoría aplastante de obreros apoyaba a los mencheviques y a los « socia-

listas-revolucionarios», es decir a los socialpatriotas conservadores. La situación era aún menos favorable en lo que concierne al ejército y al campesinado. Hay que mencionar también el nivel cultural, generalmente bajo, del país, la falta de experiencia política de las capas más amplias del proletariado, particularmente en provincias, sin hablar ya de los campesinos y de los soldados.

¿En qué consistía el activo del bolchevismo? Únicamente Lenin poseía una concepción revolucionaria clara y meditada en sus menores detalles al principio de la revolución. Los cuadros rusos del partido estaban dispersos y considerablemente desorientados. Pero el partido tenía autoridad entre los obreros avanzados. Lenin tenía una gran autoridad sobre los cuadros del partido. La concepción de Lenin correspondía al desarrollo real de la revolución, y era remodelada por él a cada nuevo acontecimiento. Estos elementos del activo hicieron maravillas en una situación revolucionaria, es decir en las condiciones de una lucha de clases encarnizada. El partido alineó rápidamente su política hasta hacerla corresponder con la concepción de Lenin, es decir, con el curso verdadero de la revolución. Gracias a ella, halló un apoyo firme en decenas de millares de trabajadores avanzados. En algunos meses, fundándose en el desarrollo de la revolución, el partido fue capaz de convencer a la mayoría de los trabajadores de lo correcto de sus consignas. Esta mayoría, organizada en soviets, fue, a su vez, capaz de atraer a los soldados y a los campesinos. ¿Cómo ese desarrollo dinámico, dialéctico, podría ser agotado por una fórmula de la madurez o de la inmadurez del proletariado? Un factor colosal de la madurez del proletariado ruso en febrero o en marzo de 1917 era Lenin. Este no había caído del cielo. Personificaba la tradición revolucionaria de la clase obrera. Pues, para que las consignas de Lenin pudieran alcanzar a las masas, hacía falta que existiesen cuadros, por débil que fuese su número al principio; hacía falta que existiese confianza de los cuadros en la dirección, una confianza fundada en la experiencia del pasado. Rechazar esos elementos de sus cálculos es simplemente ignorar la revolución viva, sustituirla por una abstracción, la «relación de fuerzas», puesto que el desarrollo de la revolución consiste precisamente en que la relación de fuerzas no deja de cambiar rápidamente bajo el impulso de los cambios operados en la conciencia del proletariado, de la atracción de las capas atraídas por las capas avanzadas, de la confianza creciente de la clase en sus propias fuerzas. El elemento principal y vital de este proceso es el partido, así como el principal y vital elemento del mecanismo del partido es su dirección. El papel y la responsabilidad de la dirección en una época revolucionaria son de una importancia colosal.

Relatividad de la «madurez»

La victoria de Octubre es un serio testimonio de la «madurez» del proletariado. Pero esta madurez es relativa. Algunos años más tarde, ese mismo proletariado permitió que la revolución fuese estrangulada por una burocracia surgida de sus propias filas. La victoria no es de ninguna manera el fruto maduro de la «madurez» del proletariado. La victoria es una tarea estratégica. Es necesario utilizar las condiciones favorables de una crisis revolucionaria a fin de movilizar a las masas; tomando como punto de partida el nivel dado de su «madurez», es necesario empujarlas hacia adelante, enseñarles a darse cuenta de que el enemigo no es en manera alguna omnipotente, que está desgarrado por contradicciones, que detrás de su fachada imponente el pánico reina. Si el partido bolchevique no hubiera logrado realizar ese trabajo bien, no se podría hablar siquiera de victoria proletaria. Los soviets hubieran sido aplastados por la contrarrevolución y los pequeños sabios de todos los países hubieran escrito artículos y libros cuya nota dominante habría sido que únicamente los visionarios empedernidos podían soñar en Rusia en la dictadura de un proletariado tan débil numéricamente y tan poco maduro.

El papel auxiliar de los campesinos

Tan abstracta, pedante y falsa es la referencia a la «falta de independencia» del campesinado. ¿Dónde y cuándo ha visto nuestro sabio, en la sociedad capitalista, un campesinado con un programa revolucionario independiente o una capacidad revolucionaria independiente? El campesinado puede desempeñar un gran papel en la revolución, pero solamente un papel auxiliar.

En muchos casos, los campesinos españoles han actuado con audacia y combatido con valentía. Pero para levantar la masa del campesinado entero, hacía falta que el proletariado diera el ejemplo de un levantamiento decisivo contra la burguesía e inspirara confianza a los campesinos en la posibilidad de la victoria. No obstante, la iniciativa revolucionaria del propio proletariado se veía paralizada a cada paso por sus mismas organizaciones.

La «inmadurez» del proletariado, la «carencia de independencia» del campesinado no son factores últimos ni fundamentales de los acontecimientos históricos. Lo que tensa la conciencia de las clases, son las mismas clases, su fuerza numérica, su papel en la vida económica. Lo que tensa a las clases, es un sistema de producción específico, que está determinado a su vez por el

nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Por qué no decir entonces que la derrota del proletariado español había sido determinada por el bajo nivel de su tecnología?

El papel de las personalidades

Nuestro autor sustituye el condicionamiento dialéctico del proceso histórico por un determinismo mecánico. De ahí le vienen las ironías fáciles sobre el papel de los individuos, buenos y malos. La historia es un proceso de lucha de clases. Pero las clases no pesan con todo su peso automático y simultáneamente. En el proceso de lucha, las clases crean diversos órganos que desempeñan un papel importante e independiente y están sujetos a deformaciones. Esto nos da igualmente la base del papel que desempeñan las personalidades en la historia. Existen, naturalmente, grandes causas objetivas que han engendrado el régimen autocrático de Hitler, pero únicamente los pedantes y obtusos profesores de «determinismo» podrían negar hoy el enorme papel histórico desempeñado por Hitler. La llegada de Lenin a Petrogrado, el 3 de abril de 1917, hizo que fuese tomado a tiempo el viraje por el partido bolchevique y le permitió conducir la revolución a la victoria. Nuestros sabios podrían decir que, si Lenin hubiera muerto en el extranjero, a principios de 1917, la Revolución de Octubre hubiera tenido lugar «de la misma manera». Pero eso no es verdad. Lenin representaba uno de los elementos vivos del proceso histórico. Personificaba la experiencia y la perspicacia de la sección más activa del proletariado. Su aparición en el buen momento en la arena de la revolución era necesaria a fin de movilizar la vanguardia y de ofrecerle la posibilidad de incorporarse la clase obrera y las masas campesinas. La dirección política en los momentos cruciales de los virajes históricos puede llegar a ser un factor tan decisivo como lo es el papel del comandante en jefe durante los momentos críticos de la guerra. La historia no es un proceso automático. Si no ¿para qué dirigentes? ¿Para qué partidos? ¿Para qué programas? ¿Para qué luchas teóricas?

El estalinismo en España

«Pero ¿por qué diablos —hemos ya oído preguntar a nuestro autor— las masas revolucionarias que habían abandonado a sus antiguos dirigentes, se han agrupado alrededor de la bandera del partido comunista?» La cuestión está planteada de manera

incorrecta. No es verdad que las masas revolucionarias abandonaran a todos sus antiguos dirigentes. Los obreros que estaban ligados anteriormente a organizaciones específicas, continuaron aferrados a ellas, mientras observaban y verificaban. En general, los obreros no rompen fácilmente con el partido que los ha despertado a la vida política. Especialmente en este caso, ya que el sistema de protección mutua que existía dentro del Frente Popular les engañaba: ya que todo el mundo estaba de acuerdo, todo debía marchar bien. Las masas nuevas y frescas se dirigían naturalmente hacia la Komintern (Internacional Comunista), considerándola como el partido que había realizado la única revolución proletaria victoriosa y como, según esperaban, alguien capaz de asegurar armas a España. Además, la Komintern era el más ferviente defensor de la idea del Frente Popular; esto inspiraba confianza a las capas de obreros inexpertos. Dentro del Frente Popular, la Komintern, era el más ferviente defensor del carácter burgués de la revolución; esto inspiraba confianza a la pequeña burguesía, y a una parte de la burguesía media. Estas son las razones de que las masas "se agruparon bajo la bandera del partido comunista".

Nuestro autor trata la cuestión como si el proletariado se encontrara en un almacén bien surtido, para escoger un nuevo par de zapatos. Incluso una operación tan simple como ésta, como es sabido, no se desarrolla siempre con éxito. En lo que concierne a una nueva dirección, la elección es muy limitada. Sólo de manera gradual, y basándose en la propia experiencia en el curso de diferentes etapas, las capas más amplias de las masas se convencen de que una nueva dirección es más firme, más leal que la antigua. Es cierto que durante una revolución, es decir, cuando los acontecimientos se suceden velozmente, un partido débil puede transformarse rápidamente en un partido potente, con tal que comprenda con lucidez cuál es el curso de la revolución y que posea cuadros experimentados, que no se dejen embriagar por las palabras ni aterrorizar por la represión. Pero semejante partido debe existir antes de la revolución, ya que el proceso de formación de los cuadros exige un periodo de tiempo considerable y que la revolución no deja suficiente tiempo para ello.

La traición del POUM

El POUM estaba, en España, a la izquierda de los demás partidos y contaba sin duda alguna en sus filas con elementos revolucionarios desprovistos de vínculos sólidos anteriores con el anarquismo. Pero fue ese partido precisamente el que desempeñó un papel nefasto en el desarrollo de la revolución española. No llegó a ser un partido de masas porque para lograr tal cosa era necesario "antes derribar a los antiguos partidos y porque sólo era posible derribarlos mediante una lucha irreconciliable.

una denuncia implacable de su carácter burgués. Sin embargo, el POUM, al mismo tiempo que criticaba a los antiguos partidos, se subordinaba a ellos en todas las cuestiones fundamentales. Participó en el bloque electoral « popular » ; formó parte del gobierno que liquidó los comités obreros ; emprendió la lucha para reconstruir aquella coalición gubernamental ; capituló en todo momento ante la dirección anarquista ; aplicó, en relación con lo que precede, una política falsa en los sindicatos ; tomó una actitud vacilante y no revolucionaria respecto al levantamiento de mayo de 1937. Desde el punto de vista del determinismo en general, es posible reconocer que la política del POUM no era accidental. En este mundo todo tiene su causa. Sin embargo, la serie de causas que engendra el carácter centrista del POUM no es en manera alguna simple reflejo del estado del proletariado español o catalán. Dos series causales han convergido una sobre otra, según cierto ángulo, y en cierto momento, han entrado en conflicto. Es posible, si se toma en consideración su experiencia internacional anterior, la influencia de Moscú, la influencia de cierto número de derrotas, etc., explicar política y psicológicamente por qué el POUM se ha desarrollado como un partido centrista.

Pero esto no cambia su carácter centrista, ni el hecho de que un partido centrista desempeña invariablemente un papel de freno respecto a la revolución, que debe en todo momento romperse la cabeza y que puede conducir al hundimiento de la revolución. Esto no modifica el hecho de que las masas catalanas eran más revolucionarias que el POUM, que a su vez era más revolucionario que su dirección. En estas condiciones, hacer recaer la responsabilidad de la falsa política seguida sobre la « inmadurez » de las masas, es adentrarse en el charlatanismo más puro, al que recurren frecuentemente los políticos liquidadores.

Responsabilidad de la dirección

La falsificación histórica consiste en que la responsabilidad de la derrota de las masas españolas es atribuida a las masas obreras y no a los partidos que paralizaron o aplastaron pura y simplemente el movimiento revolucionario de las masas. Los abogados del POUM niegan simplemente toda responsabilidad de los dirigentes, a fin de no tener que asumir sus propias responsabilidades. Esta filosofía impotente que pretende hacer aceptar las derrotas como un eslabón necesario en la cadena de los desarrollos cósmicos, es completamente incapaz de plantear, y se niega a hacerlo, la cuestión de factores tan concretos como son los programas, los partidos, las personalidades que fueron los

organizadores de la derrota. Esta filosofía del fatalismo y de la postración es diametralmente opuesta al marxismo, teoría de la acción revolucionaria.

La guerra civil es un proceso en el curso del cual las tareas políticas son realizadas por medios militares. Si el desenlace de esta guerra estuviera determinado por el « estado de las fuerzas de clase », la guerra no sería necesaria. La guerra tiene su propia organización, su propia política, sus propios métodos, su propia dirección, que determinan directamente su desenlace. Naturalmente, el « estado de las fuerzas de clase » sirve fundamentalmente a los demás factores políticos; pero de la misma manera que los cimientos de un edificio no disminuyen la importancia que pueden tener los muros, las ventanas, las puertas, los techos, el « estado de las fuerzas de clase » no suprime la importancia de los partidos, de su estrategia y de su dirección. Disolviendo lo concreto en lo abstracto, nuestros sabios se han detenido en realidad a mitad de camino. La más « profunda » solución del problema hubiera sido declarar que la derrota del proletariado español era debida al desarrollo inadecuado de las fuerzas productivas. Tal explicación está al alcance de cualquier imbécil.

Reduciendo a cero la significación del partido y de la dirección, estos sabios niegan la posibilidad de una victoria revolucionaria en general. Puesto que no hay la menor razón de dar por descontadas las condiciones más favorables. El capitalismo no ha cesado de progresar, el proletariado no aumenta en número, por el contrario es el ejército de parados el que aumenta, lo que no acrecienta sino que reduce la fuerza de combate del proletariado, y tiene también un efecto negativo sobre su conciencia. De la misma manera, no hay ninguna razón de creer que bajo el régimen capitalista, el campesinado sea capaz de alcanzar una conciencia revolucionaria más elevada. La conclusión del análisis de nuestro autor es pues el pesimismo más completo, el abandono progresivo de las perspectivas revolucionarias. Hay que decir —para hacerles justicia— que nuestros sabios no comprenden ni siquiera lo que dicen.

De hecho, lo que reclaman a la conciencia de las masas es absolutamente fantástico. Los obreros españoles, e incluso los campesinos españoles, han dado el máximo de lo que estas clases son capaces de dar en una situación revolucionaria. Lo que tenemos en la mente es exactamente una clase de millones y de decenas de millones de individuos.

Que faire? representa simplemente una de esas pequeñas escuelas, o iglesias, o capillas, que asustadas por el curso de la lucha de clases y el asalto de la reacción, publican sus periodiquitos y sus estudios teóricos en un rincón, en caminos apartados, lejos de los desarrollos reales del pensamiento revolucionario, sin hablar ya del movimiento de las masas.

La represión de la revolución española

El proletariado español ha caído víctima de una coalición compuesta por los imperialistas, los republicanos españoles, los socialistas, los anarquistas, los estalinistas y, en el ala izquierda, por el POUM. Todos juntos, han paralizado la revolución socialista que el proletariado español había comenzado efectivamente a realizar. No es fácil disponer de la revolución socialista. Nadie ha encontrado todavía otros métodos para ello que la represión feroz, la matanza de la vanguardia, la ejecución de los dirigentes, etc. El POUM, claro está, no quería esto. Quería por un lado formar parte del gobierno republicano e ingresar como una oposición pacífica y leal en el bloque general de los partidos dirigentes, y por otra parte establecer relaciones de tranquila camaradería en una época de implacable guerra civil. Precisamente por eso el POUM ha caído víctima de las contradicciones de su propia política. La política más coherente dentro del bloque dirigente ha sido la seguida por los estalinistas. Ellos han sido la vanguardia combatiente de la contrarrevolución burguesa-republicana. Querían eliminar la necesidad del fascismo probando a la burguesía española y mundial que ellos mismos eran capaces de estrangular la revolución proletaria bajo la bandera de la «democracia». Esta era la esencia de su política. Los liquidadores del Frente Popular español tratan hoy de hacer recaer el vituperio sobre la Guepeú. Me parece que no podemos ser sospechosos de indulgencia respecto a los crímenes de la Guepeú. Pero vemos claramente y decimos a los trabajadores que la guepeú sólo ha obrado en este caso como el agente más decidido al servicio del Frente Popular. Ahí residía la fuerza de la Guepeú, en eso consistía el papel histórico de Stalin. Únicamente un filisteo ignorante puede desechar esta realidad con ayuda de estúpidas burlas a costa del jefe de los demonios.

Estos señores no se plantean siquiera la cuestión del carácter social de la revolución. Los lacayos de Moscú proclamaron, en provecho de Inglaterra y de Francia, que la revolución española era una revolución burguesa. Sobre esta estafa fue construida la pérfida política del Frente Popular, política que habría sido completamente falsa aunque la revolución española hubiera sido realmente una revolución burguesa. Pero, desde el principio, la revolución ha manifestado mucho más claramente su carácter proletario que la revolución de 1917 en Rusia. En la dirección del POUM hay personas hoy que consideran que la política de Andrés Nin era demasiado «izquierdista», que lo verdaderamente correcto hubiera sido permanecer en el ala izquierda del Frente Popular. La verdadera desgracia es que Nin, protegiéndose con la autoridad de Lenin y de la Revolución de Octubre, no podía hacerse a la idea de romper con el Frente Popular. Víctor Serge, que se apresuró a contar y repetir por un

actitud frívola respecto a cuestiones serias, escribe que Nin no deseaba someterse a las órdenes llegadas de Oslo o de Coyoacán. ¿Es que un hombre serio puede reducir a comadreo mezquinos la cuestión del contenido de clase de la revolución? Los sabios de *Que faire?* carecen de respuesta a esta pregunta. Ni siquiera comprenden la pregunta misma. ¿Cuál puede ser, verdaderamente, la significación del hecho de que el proletariado « inmaduro » fundara sus propios órganos de poder, se incautara de las empresas, intentara regular la producción, mientras el POUM trataba con todas sus fuerzas de no romper con los anarquistas burgueses que, aliados a los republicanos burgueses y a los no menos burgueses socialistas y estalinistas, asaltaban y estrangulaban la revolución proletaria? Tales « bagatelas » no tienen evidentemente interés mas que para los representantes de una « ortodoxia petrificada ». Los sabios de *Que faire?* poseen en su lugar un aparato especial que mide la madurez del proletariado y la relación de fuerzas, con independencia de todas las cuestiones de estrategia revolucionaria de clase.



LCR-ETA (VI)